

¡No me borres Señor del libro de la vida!

Fernando González

**COLECTIVO TEATRAL
MATACANDELAS**

VELADA METAFÍSICA



Una coproducción
TEATRO MATACANDELAS - CORPORACIÓN OTRAPARTE - CONFIAR EN LA CULTURA
Medellín 2007

FICHA TECNICA

Juan David Toro
Ángela María Muñoz
Diego Sánchez
John Fernando Ospina
Alejandro Vásquez
Juan David Correa
María Isabel García
Nadia Silva
Sergio Dávila
Margarita Betancur

Textos:

Fernando González.

Textualia:

Félix Ángel Vallejo
Mary Jo Leavit
Gonzalo Arango
Cristóbal Peláez G.

Composición y dirección musical:

Ángela María Muñoz
Diego Sánchez

Asesoría literaria:

Óscar González

Asesoría filosófica

Pbro Alberto Restrepo
Carlos Enrique Restrepo

Dramaturgia, Escenario, luces, vestuario y utilería:

Matacandelas

Documentación:

Sergio Restrepo
Gustavo Restrepo.

Asistencia iluminación:

Alejandro Arteaga

Comunicaciones:

Lina Castaño

Diseño gráfico y fotografías:

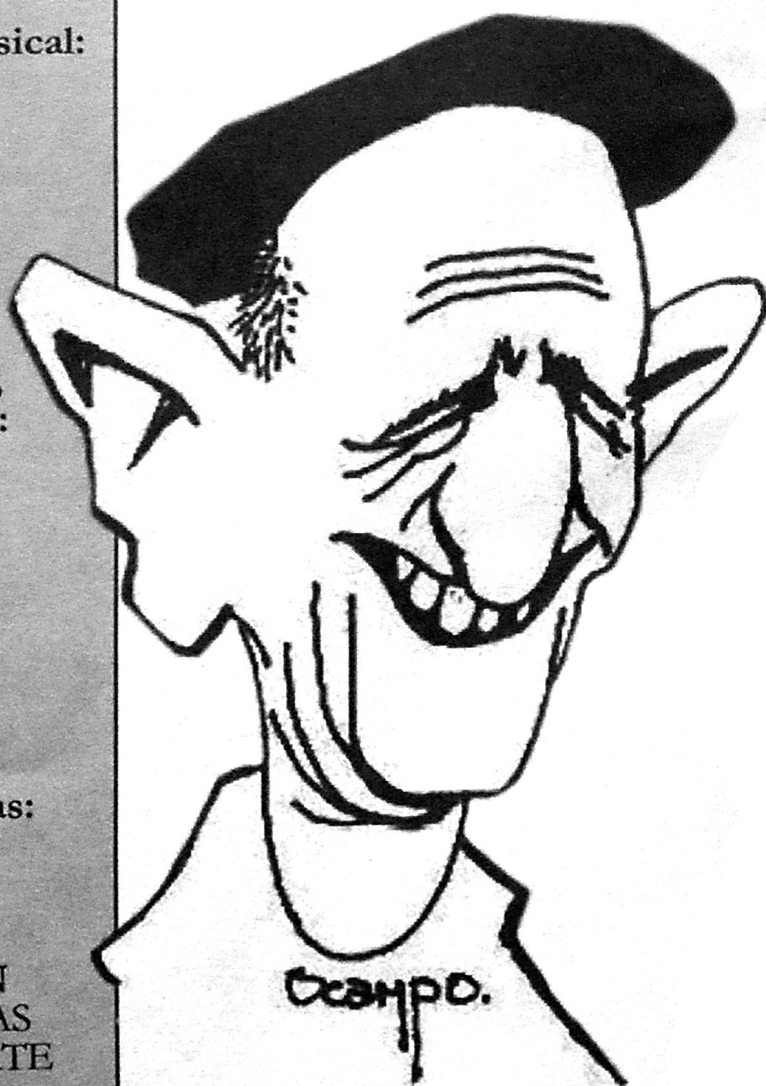
Carlos Sánchez.

Dirección escénica:

Cristóbal Peláez G.

UNA COPRODUCCIÓN
TEATRO MATACANDELAS
CORPORACIÓN OTRAPARTE

Medellín- Colombia. 2007



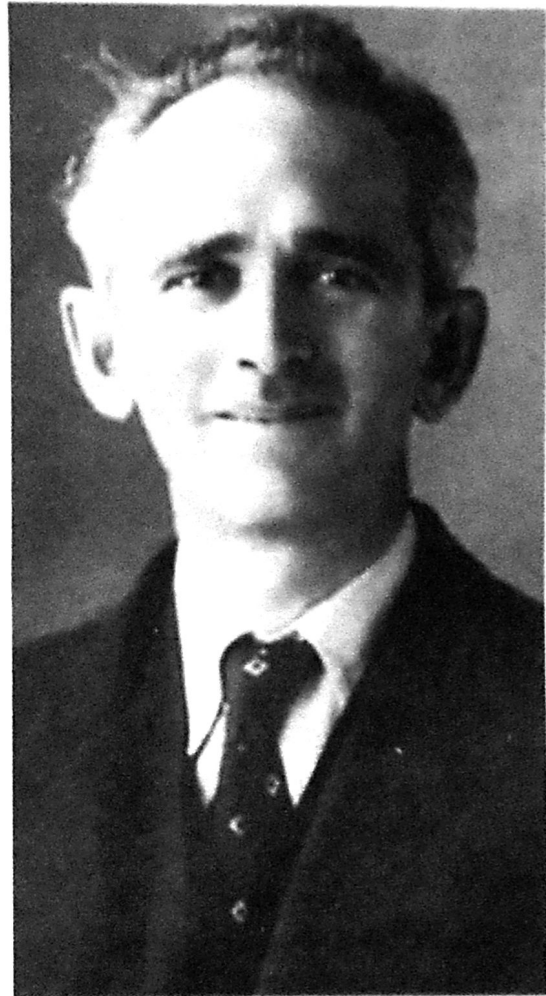
Fernando González, humorista, filósofo y cronista es también el gran místico colombiano -el único-, un hombre en el ejercicio constante del conocimiento experimental consigo mismo, con la naturaleza y con la espiritualidad religiosa.

Más que todo ello fue y es lo que pocos se atreven a decir: UN GRAN POETA.

Nos ha hablado a través de los libros, pero casi nunca le hemos brindado la posibilidad de hacerlo mirándonos a los ojos desde un escenario. Invitarlo a estar con nosotros, en colectividad, en la ritualidad mágica del teatro es participar de otro modo con su poesía, con su pensamiento contradictorio, con su viaje emotivo.

VIVIR, para él, estaba por encima de toda ambición literaria, pues *“Todo lo que está muy bien escrito es detestable. Cada cosa debe aparecer con el vestido que tenía mientras era vivida. El vestido y la música de su mundo propio”*.

La puesta en escena de FERNANDO GONZÁLEZ, VELADA METAFÍSICA, quiere crear la maravillosa ilusión de que todavía está en su granja de Otraparte, en Envigado, que los colombianos podemos seguir conversando con él. Hay dos hombres que fueron tierra de



la tierra y no deberían haberse muerto nunca, el otro es Sócrates.

Imaginémoslo entonces: divertido, satírico, sensual, cascarrabias, metafísico, príncipe de la iglesia, campesino, juez, diplomático. Una muchedumbre que designamos con el nombre de FERNANDO.

Algún amoroso de la obra del Brujo hizo un apunte que justifica cualquier intento de representarlo: “Ya basta de leer a Fernando González, practiquémoslo”.

INSTRUCCIONES DE USO

- Aromática y tinto son de cortesía y autoservicio.
- El área social, con sus mesas y sus sillas, es un espacio destinado al uso y comodidad de los asistentes a la obra teatral. Si usted desea alguna bebida o comestible haga su pedido en la barra.
- Nuestro servicio de bar (sólo en temporadas) es de 7 a 12 de la noche.
- Existe a disposición "El libro del espectador", nos interesan sus opiniones y comentarios.
- Teléfono público.
- FERNANDO GONZÁLEZ
Velada Metafísica
duración: 90 minutos.
- El teatro es el punto de encuentro de la sensibilidad, la inteligencia y la diversión. Un espectador con prisa es un enemigo para el teatro. Si usted dejó asuntos pendientes, si está esperando llamadas urgentes, si entra agitado y acosado por prisas de tiempo y actividades, le sugerimos cortésmente que aplace la velada para una mejor ocasión.
- Por razones de higiene y comodidad no se acepta el ingreso y consumo de bebidas y comestibles a la sala.
- Al ingresar a la obra le rogamos, para que evite el oso, apagar su celular.
- El Teatro es un tejido que se construye sobre el silencio, los comentarios en voz alta interfieren con los actores y los espectadores.
- Así como hay actores, directores y grupos sin talento, también hay público sin talento. El esfuerzo debe de ser mutuo.
- Nuestra única razón de existencia como Compañía Teatral es crear puestas en escena con temas y apariencias que sean de interés humano, si esta vez no se alcanzó ese objetivo, le pedimos disculpas, ya lo intentaremos hacer mejor en la próxima ocasión.
- Antes que un evento multitudinario, de enormes proporciones publicitarias, consideramos el teatro como un ejercicio modesto, un ritual, una reunión mágica donde un grupo de personas nos encontramos para tratar de estremecernos a través del arte. Su presencia en nuestro teatro es decisiva, invite a sus amigos y familiares. El arte es el único consumo que cualifica.
- Para su comodidad y seguridad solicite con el personal del teatro el servicio telefónico de taxis.

CUADERNO DE DIRECCIÓN

Por: Cristóbal Peláez G.

- ¿Qué es lo que se quiere llevar hasta un escenario? ¿Qué es lo que se quiere compartir con un público? La respuesta es imprecisa. Sólo hay un palpito. El deseo de visitar al Mago de Otraparte, entrar en contacto nuevamente con sus obras, y verificar si todo ello nos activa la emoción de ponerlo en una práctica.
- Volveremos al viejo Envigado, a reinventarlo, a recontextualizarlo.
- Esa primera parte pasa por un extenso periodo de lecturas. Es el trabajo arduo del actor en la metodología de creación en grupo, implicado en el estudio y conocimiento del tema. Creador antes que intérprete.
- La cercanía con Envigado - Matacandelas remonta allí su fundación- nos provoca, pero aún no sabemos si ese conocimiento tan estrecho puede estar a nuestro favor.
- Charla con el Padre Alberto Restrepo, que ha trabajado a fondo el asunto, es sin duda el más grande conocedor de la obra. Es él quien ha estado al tanto de las libretas, trabajo exhaustivo sobre los apuntes y borradores que constituyen

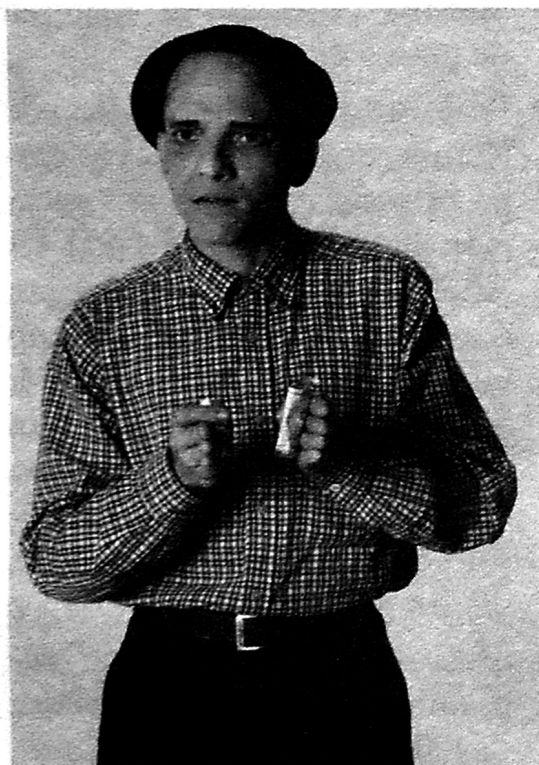


una especie de diario íntimo. El grueso de ese contenido está inédito. Y constituye para nuestro objetivo un material de gran valía.

- Prolongadas horas y días de lectura en colectivo. La emprendemos con una selección de repaso a la REVISTA ANTIOQUIA. 17 entregas, que escribió y editó Fernando González entre 1936 y 1945. Se caracteriza por artículos breves, chispeantes, críticos, con mucho humor. Ahí el filósofo está infiltrado de cronista, de novelista.
- Oteamos ahí qué puede virtualmente llevarse a la escena. Las libretas y Revista Antio-

quia, a contrapelo de los libros conocidos, constituyen un material "anormal", es decir: fragmentario, discontinuo, desfachatado, sin ornamento. Material bastante provocativo para la posibilidad escénica. De esas fuentes estamos bebiendo con gran curiosidad y placer.

- Esta es la parte menos comprometida y más divertida en la investigación de la creación en grupo. Durante un promedio de 6 horas diarias se lee y se conversa de manera distendida. Vida literaria en familia. Nos sentimos unos desvergonzados. El placer del teatro no sólo lo otorga la representación, igualmente está el investigar, preguntarse, curiosear, filosofar, activar la imaginación.



- Nuestro contacto con la Corporación Otraparte es fundamental. Allí Gustavo y Sergio, Restrepos por coincidencia los dos, están muy entusiasmados con nuestro propósito de llevar a escena a Fernando González.
- En primera instancia no sabemos qué vamos a hacer, pero sí empezamos a descubrir qué es lo que no debemos o no queremos hacer.
- No será una biografía. Tampoco trataremos de sustituirle al espectador la pereza o la falta de interés por sus libros.
- Tampoco elevarlo a la categoría de filósofo ejemplar.
- La crónica Semana Santa en Envigado es una obra maestra. Una mixtura particular entre el místico, el humorista y el escritor. Nos echamos todos para la procesión de Viernes Santo en Envigado. El Santo Sepulcro con su contundente imaginería convoca a una gran muchedumbre, no hay música, las cantinas tienen su cierre metálico a media asta, los billaristas tapan sus bolas con aire culpable. Hay un nocturno aire de duelo, de arrepentimiento, de respeto. Observamos a los monaguillos de los cuales Fernando González dijera con gracia que son "obispos en formación".
- Luego recorrido por la carretera que va a Otraparte, con es-

tación en el viejo café Georgia donde el Brujo fumaba y tomaba tinto. Nos detenemos. Pensamos que este podría ser un buen comienzo para la representación. ¿Félix Ángel Vallejo que desde una mesa contempla la llegada del personaje?

- Ensayamos esta posibilidad. Funciona.
- ¿Hay poesía en Fernando González? Si al leerlo, al investigarlo no la descubrimos lo mejor es abortar todo el proceso.
- La investigación continúa. No hay una gran preocupación por determinar en primera instancia una dramaturgia. Partir del no saber y que el cerebro continúe día a día ingresando información y reflexión sobre Fernando González.
- Oscar González -es un González suelto, nada tiene que ver con Fernando- ha sido durante 18 años nuestro asesor literario, un duende que habita detrás de bambalinas. A él nos hemos referido para autores como Maeterlink, Pessoa, Beckett, Andrés Caicedo, Séneca, Alfred Jarry, Sylvia Plath... Viene y nos hace una exposición sobre Fernando González y propone un tema que nos parece revelador, las relaciones de género entre tragedia y drama: "Se cree equivocadamente que la tragedia es más terrible que el drama, pero no, en la tragedia de alguna manera hay una

resolución. Viene la hecatombe y finalmente los personajes mueren, o desgraciadamente vivos terminan por reponerse. El drama es mucho más terrible, puesto que no acaba por resolverse nunca. Los personajes no encuentran término ni sosiego. Siguen padeciendo. Fernando González es un hombre dramático puesto que nunca pudo encontrarse a sí mismo. Eso significó en él "vivir a la enemiga".

- El teatro es la representación de un conflicto, y ¿cuál sería el conflicto de Fernando González? ¿El entorno? No, él mismo, un hombre en busca de una resolución.
- Estamos por concluir una fisiónomía de nuestro autor a través de la lectura de Revista Antioquia. Historia, sociología, opiniones, mucho humor. Algo está en marcha en nuestro inconsciente colectivo. Potencialmente todavía no hay algo que se pueda convertir en REPRESENTACIÓN.
- Nuestras visitas a Otraparte son distendidas, ociosas. Observar la casa del Brujo, los árboles, el sol sobre la hierba, el atardecer. Imaginar a nuestro personaje urdido a la naturaleza. Es "conocimiento" táctil, exponernos al paisaje y a su escenografía, no sacar todavía conclusiones, pero sí emociones. Qué importante el conocimiento sen-

sorial y táctil, aquel que no se deriva de la razón ni se activa a partir de las ideas. IMÁGENES-SENSACIONES.

- Resulta un privilegio en la investigación el disponer de manera ilimitada de todos los recursos: archivos, imágenes, objetos, gorra, sombreros, herramientas, libretas originales.
- Todo nos está hablando. Saber escuchar. Mantener la percepción encendida.
- Me recibe el nieto de Fernando, Lucas. Es un hombre de empresa que delata en su fisonomía al abuelo. No ceso de mirarlo. Superpongo su rostro al otro, concuerdan en algo. La conversación gira en torno a la autorización de la familia sobre los derechos de representación. De un solo tajo nos la concede, advirtiéndome “No entiendo cómo se puede hacer de esos escritos una obra de teatro, pero cuenten con mi autorización. Y les advierto: la obra puede ser a favor o en contra de Fernando. Si la misma obra no lo defiende ya no lo defiende nadie”. Dialéctica de familia.
- Vienen Gustavo y Sergio y nos regalan algunos objetos simbólicos que consideran pueden ser de nuestra ayuda. Coincide con el inicio de un tendido de ideas y conjeturas. Nuestras cabezas bailan al ritmo de lecturas frenéticas. El tema empieza a obsesionarnos, nos persigue a todos por toda la casa, está en las conversaciones.
- Días después nos traen otro magnífico regalo. Todas las obras de Fernando González en formato digital. Incluye sus obras editadas e inéditas. Una gran herramienta. Ya no hay que buscar página por página.
- Tercera visita de Óscar González que se centra en “el maestro de escuela”. Se pregunta por la sustancia teatral y su devenir. ¿Contar historias? Eso lo hace magníficamente la literatura y la Tv. “El futuro del teatro tendrá que ser la metafísica”, concluye tajante.
- Le escribo a Óscar González: Provisionalmente el título sería FERNANDO GONZÁLEZ. VELADA METAFÍSICA.
- Óscar responde: “También todo es resultado de la excitación, sí, de la excitación barroca de los sentidos. Qué bien, que vayan así, como me lo dices en lo de González. Pero el título de la obra, extraordinario: Me parece totalmente poderoso, lo de “Velada metafísica”, porque se mantiene o mantienes de manera drástica (*Medidas severas*, decía Pizarnik al escribir sobre la Bathory), el hilo conductor, con lo de Jarry, lo de Tardieu, lo de Maeterlinck, Pessoa. Ese es hilo de oro que propicia en el espectador no una historia, sino una tradición sensi-

ble, particular, extraña, real e irreal... No creo pues que sea un "título provisional", como dices, sino que siento que es el título casi absoluto..."

- ¿Pero cómo sería un teatro metafísico? ¿Qué antecedentes tenemos? El escenario como aquel espacio que quería Freytag: "El drama es un marco estático dentro del cual el espíritu deambula y sufre".
 - Un teatro del ánimo y no del cuerpo.
 - Esa metafísica aparece de una manera más nítida en los dos últimos títulos: *Libro de los viajes o de las presencias*, y *La tragicomedia del padre Elías y Martina la Velera*.
 - Este último cierra la obra de Fernando González, ahí ya ha traspasado las posibilidades de la materia y realiza un viaje emotivo, se transforma en Lucas de Ochoa firmando como ExFernando González, y es también el Padre Elías y la curtida mano de Martina, callosa por la parafina.
 - Metafísica=Viaje (en lenguaje antiguo).
 - Sorprende en Otraparte la minucia. La mejor de todas es el papelito cuidadosamente guardado del "yo te amo" que le escribiera Mademoiselle Tony a Fernando cónsul en Marsella. Ese papelillo gira por nuestra percepción. Lo vemos, lo tocamos,
- y nos miramos sin decir nada. La conexión colectiva hierve.
 - Me he quedado más de una hora mirando la sillita de Fernando.
 - No recuerdo ahora quién lo dijo: "Envigado parió a Fernando González y a Débora Arango y se murió".
 - Los actores tienen ahora un maelstrón de sensaciones y de imágenes. El escenario será el punto de decantación.
 - Siempre he admirado a los directores escénicos que están cargados de imaginación y son capaces de estarse noches enteras "craneando" una imagen, resolviendo una escena.
 - No tengo impulso hacia ello, no traigo ideas a los ensayos, me limito a mirar a los actores, a ser el lector de sus movimientos, de sus bocetos de improvisación. El actor es mi texto.
 - El peligro de las ideas y las imágenes rebuscadas cae siempre en el formalismo, en el Enjolivement. Cataratas de imágenes que corren en una dirección peligrosa. Estamos hartos de las imágenes hechas tomadas de revistas y videos y que son demasiado descrescantes y "contemporáneas". Lo visual debe salir de su espíritu interior. El resto es espectáculo, mampostería.
 - Cada día me gustan más los actores, los admiro más, en

condiciones son capaces de resolver cualquier asunto escénico. No saben que saben, pero siempre en cuerpo y voz, encuentran los hilos secretos de la representación.

- Me limito a estar atento, a no permitir que su creatividad se vuelva desperdicio.
- Hora de arrojarlos al escenario.

“Loco es aquel cuyo punto de apoyo para la representación difiere del aceptado o corriente” (F.G.)

- Nuestra metodología ha aprendido más de los pintores que del ámbito teatral: El bosquejo, el trazado a mano alzada.
- Y esos primeros bosquejos realizan lentamente la urdimbre de lo que será el acabado. Brotan objetos, voces, textos, movimientos, músicas en un caos que “casi” solos se van orientando como un péndulo.

- No traicionar la metodología, aunque provoque muchas veces la desesperación o el cansancio. Paciencia de titiritero.
- La puesta en escena no es solamente resolver el asunto actuación, aquí todo marcha de manera simultánea: el proceso va creando vestuario, personajes, dramaturgia, iluminación, escenografía, espacios.
- Primera advertencia para los actores: no vamos a realizar música de época, ni vestuario de época. Esto es teatro no antropología.
- A los actores les doy trozos de textos. Hacen en la práctica sus bosquejos. Se hacen una cincuentena de ellos, pero aún no emerge el aspecto principal: el lenguaje representativo, es decir, narrativo, literariamente hablando.
- Casuística de los objetos: libros, símbolos patrios, estig-



mas, iconos religiosos, música religiosa. El vestuario va apareciendo, ambiguo, sin época.

- Ángela María Muñoz ha convertido un texto diatriba en un estremecedor coro épico. Luego nos muestra su composición religiosa sobre Santa Teresa. Es muy difícil dar testimonio de Dios, pero creemos en sus criaturas. En esta casa practicamos algunas adoraciones, y hay dos santidades que nos deleitan mucho: Baudelaire y Teresa.
- Segunda advertencia para los actores: la obra debe tener su ligero aroma de campo y de pueblito antioqueño (1930 y años sucesivos) pero sería un desastre caer en las garras de lo “regionalero” o en la “parodia”, pues no será un montaje de identificación, sino de “choque”. Fernando González fue un hombre fuera de su tiempo

por ello vivió como un exiliado en ninguna parte.

- Sergio Restrepo me llama apurado “Vengan para que miren un escaparate que está lleno de chécheres y documentos de Fernando, quién quita que ahí hasta encuentren una escena”.
- Vamos y escarbamos. Efectivamente en esa güaca, después de mucho escarbar, nos topamos “una escena”, y no cualquier escena, es aquella que sometida a prueba de escenario, nos va a dar el tono.
- *“El vulgo cree en casualidades. Los libros de vulgarización dicen y repiten que los investigadores hacen sus hallazgos por casualidad. ¡No! Nosotros, los de la vocación, sabemos que todo es vivo y dialéctico; que la cosa se va gestando siempre. Por ejemplo, la agonía; y el amor al asunto, cualquiera que sea, no es sino afinidad que nos pone*

al unísono con lo que se gesta y, entonces, le damos vueltas, callejeando, vagando en apariencia, yerbeando por aquí y por allí, sin apresuramientos aparentes y, de pronto, la llave. Así es como sucede todo; y como el que tiene vocación no se fatiga, si su vocación fueren los escorpiones, por ejemplo, pues al fin, a su debido tiempo, asiste al coito de los escorpiones. No hay casualidad. No hay secretos asombrosos en esto de la vocación. Basta el estar familiarizado con el oficio y sus vicisitudes, y con tener, eso sí, el palito para la cosa".(F.G.)

- María Isabel García, desde gradería, emocionada mirando un ensayo da la puntada exacta que nos exalta a todos: "creo que esta es la única posibilidad que ha tenido el Brujo de hablarnos a los colombianos de viva voz, siempre estaba ahí como suspendido a través del espectro de los libros".

- Tercera advertencia para los actores: debemos crear esta obra a través del poema de Walt Whitman: "Camarada, usted no está leyendo un libro, usted está tocando a un hombre".
- Paso por Cali y un joven actor me saluda: "¿Qué están montando?" Fernando González, le grito. "¡Se dedicó Matacandelas al teatro documental!" Pongo cara de asombro (¿preocupación?) y remata: "¡Qué buena línea esa!" Me quedo pensativo recordando las palabras de Diego Sánchez "en el Matacandelas uno no se siente artista sino médium, al parecer esta gente como Andrés Caicedo, Fernando Pessoa, Alfred Jarry, Sylvia Plath... tienen muchas ganas de hablarle a Medellín y a Colombia y acabaron por absorbernos el seso"
- Sin lugar a dudas Fernando González es el hombre más interesante que ha parido Colombia.

TODO MATACANDELAS EN
www.matacandelas.com

La metafísica de la presencia en Fernando González

Por: Carlos Enrique Restrepo

Conferencia pronunciada por el filósofo Carlos Enrique Restrepo para el Teatro Matacandelas el día 21 de marzo de 2007 sobre el concepto de metafísica a partir de El libro de los viajes o de las presencias de Fernando González.

En primer lugar, en un recorrido muy breve desde Aristóteles hasta Fernando González, distinguiremos la noción de metafísica como un cierto modo de ver, para desentrañar el sentido de la *presencia*. En segundo lugar, siguiendo a Heidegger, trataremos de esclarecer la noción de metafísica como una ocupación que atañe a la naturaleza del hombre; habría tal vez un cierto *pathos*, padecimiento o patología que es la que mueve al hombre a la metafísica. Y un tercer asunto que apenas lograremos esbozar es el del viaje.

La metafísica nombra en algún sentido la filosofía misma. En parte puede decirse que toda la filosofía es metafísica, por lo menos Aristóteles la nombró como filosofía primera. La palabra metafísica fue posterior a Aristóteles; ni él ni los griegos hablaron de una metafísica. Este término lo acuñó un clasificador de sus obras, para nombrar una serie de escritos posteriores a los que componen la física y la filosofía de la naturaleza. En principio, el término metafísica sólo quería denominar los escritos de Aristóteles



Fernando González y Tomás Carrasquilla - 1935



Fernando González, Mademoiselle Tony, Simón y Fernando (hijos)
y Margarita (Esposa)

posteriores a los que abordan estas cuestiones, pero luego se volvió palabra de uso corriente para designar lo que Aristóteles llamó filosofía primera, esto es, una meditación meramente teórica, meramente especulativa y que no se atenía nunca a la experiencia sensible o a la observación empírica del mundo, un tipo de meditación que en términos generales la filosofía reconoció como la cuestión del Ser o la pregunta por el Ser.

En este sentido, quisiera hablar de la noción de *teoría* en los griegos. *Teoría* se traduce como contemplación, alude al hecho de ver, a un cierto modo de ver, un ver que en todo caso no corresponde a la observación sensible, sino que se orienta más bien a lo suprasensible, que rebasa el ámbito de lo sensible y que corresponde a la actividad del pensamiento; un ver que es función, no de la mirada, sino del pensamiento, del logos. Me parece que esta cuestión del ver está fuertemente relacionada con “la presencia” en Fernando González. ¿Qué es este ver de los griegos, qué es este teorizar de los griegos? Dijimos que escapa a lo sensible, es más bien un ver inteligible, un ver que apunta a la captación conceptual de algo, y ese algo es en su mayor generalidad la cuestión del Ser. Los griegos distinguieron dos cosas, algo que ellos llamaron “el ente”, el cual podemos entender sencillamente en términos de las cosas del mundo o de los objetos del mundo, un poco en el sentido de la existencia. Distinguieron eso que se llama “entes” con respecto

al “Ser” en general, que no es visible a la manera de las cosas o a la manera de los entes. Éste es el objeto de la teoría o del preguntar de la metafísica entendida como ese modo de ver que es asunto del pensamiento. De cada cosa decimos que “es”: “el árbol es”, “la casa es”, pero el Ser no se reduce a esta simple existencia singular de las cosas, sino que el Ser, eso que el ver metafísico pretende hacer visible, escapa a la singularidad de los objetos, es universal, es algo común a los objetos, una cierta propiedad o cualidad de los objetos, a saber, el hecho de ser. “Ser” es algo general y vacío; en ese sentido el Ser es metafísico por cuanto rebasa nuestra simple captación del mundo, la manera en que ordinariamente aprehendemos el mundo.

Los griegos relacionaron este Ser con la *presencia*. La experiencia que tuvieron del mundo era la de ver en él algo más que las cosas, y ese algo más, el Ser mismo o el Ser en general, fue lo que movió el *théorein*, el teorizar o el ver particular que constituyó la metafísica, y en un sentido estricto, la filosofía. Esta es la manera en que el hombre griego sale al encuentro de esa presencia que luce en las cosas y que está más allá de las mismas cosas.

En Fernando González, en las descripciones iniciales que ofrece de Lucas de Ochoa, encontramos esta forma de contemplación que apunta más allá de lo sensible: “Lo vi un lunes, alelado, de pies en la acera de la tienda de Fabricio. Toda la noche y la mañana había llovizado. Miraba los charcos,

pero sin verlos, viendo su mundo en ellos...”¹ La presencia que acontece allí, lo que este contemplador tiene ante los ojos, es algo más que lo meramente presente, la presencia es presencia de algo más, y eso es lo que constituye ese modo peculiar de ver: “Él miraba, pero sin ver, a los buses y a los que pasaban...”. “¡Eureka! ¡Ya voy sabiendo o concienzándome! Ya entreveo, pues no se ve nunca la Presencia”².

Cuando Aristóteles habló de esta filosofía primera y de esta contemplación que él le atribuye al pensamiento, dice también que, a diferencia de las otras ciencias, la metafísica es teórica en la medida en que se distingue de los saberes prácticos; es teórica en la medida en que es especulativa, que se vale más bien de conceptos. Este particular comportamiento del hombre hacia la metafísica, distinto de los saberes prácticos, dice Aristóteles que tuvo lugar cuando ya estaban resueltas todas las necesidades inmediatas de la vida, cuando ya el hombre no tenía que afanarse en las ocupaciones que le implican el trabajo, el aseguramiento de su subsistencia, etc. En esa medida, en su forma de “ciencia”, la metafísica o la filosofía sólo pudo surgir cuando hubo una ordenación social que permitiera que, por la acción del trabajo de los esclavos, existiera y se mantuviera una aristocracia o una casta sacerdotal. El desarrollo de las matemáticas en los egipcios, por ejemplo, suponía ese mismo modo de organización social. En

los griegos también la filosofía fue peculiar de una cierta aristocracia, porque suponía que el hombre no tenía que habérselas con las cosas del mundo, con el mundo de la necesidad, sino que este particular modo de ver exigía el tiempo de la teoría, el tiempo de la contemplación, si ustedes quieren una especie de ociosidad. En Fernando González hay esa ociosidad, es una especie de contemplador o *flâneur* a la manera de Baudelaire, en todo caso un metafísico silvestre. A diferencia de los grandes ociosos de Occidente como Baudelaire, la suya es una metafísica a la medida de Envidado, en cuyos límites pareciera que termina el mundo; su forma de expresión y su estilo delatan lo que estaba al alcance de un filosofar en una ciudad como esta, en las condiciones de su tiempo. Existe en él un libre deambular, la vagancia necesaria de quien le da suficiente tiempo a las cosas para las que nadie tiene tiempo, y que puede dedicarse a ver en ellas algo más. Que Aristóteles hablara de ociosidad como un presupuesto necesario de la vida teórica, como requisito para el filosofar, me parece que uno lo puede presentir en la manera de recorrer que tiene este observador, este contemplador al que el Ser le deja acontecer su presencia.

“Miraba los charcos, pero sin verlos...”. Hay aquí dos actitudes distintas: mirar y ver. Miraba pero sin ver, miraba el Ser al modo de la pura presencia. En uno de los libros de Castaneda, Una realidad aparte, se habla —aunque hacien-

do tal vez un uso invertido de los términos— de esta diferencia entre el mirar y el ver. Don Juan que es el maestro indio que le enseña a Castaneda, le dice que él mira las cosas pero no tiene el don de ver, y le reclama a Castaneda que esa realidad aparte que él le quiere dar a conocer requiere que logre abandonar el simple mirar para ver. El metafísico, en algún sentido, es el hombre que mira un “trasmundo”, como lo llama Nietzsche, un mundo por detrás del mundo; es un hombre de Otraparte, para hablar en la lengua de Fernando González; pertenece a la especie de aquellos que habitan o atraviesan lo finito como en una especie de nostalgia de eternidad. Eso quizá podría ser un metafísico, eso quizá podría ser la metafísica, añoranza de trasmundo.

La filosofía exige ese comportamiento, ese pathos, esa actitud en la que el hombre ya no se comporta ante las cosas a la manera habitual, esa actitud por la cual deja de vivir a la manera ordinaria, y en la que los objetos en los que se ocupa no son ya los que constituyen el interés general de la gente, sino que se sitúan en una esfera particular, en un mundo propio, a la manera de un delirante, si se quiere. La filosofía siempre ha tenido ese componente de delirio y de forma de existencia alucinatoria; quien se ocupa de ella tiene ante sí otros objetos, su asunto es otro que el del hombre común, se trae entre manos algo más: llámesele el Ser, lo Uno, la nada, el Espíritu absoluto, que para el hombre

común permanecen siempre desconocidos. Por eso son contados los hombres que se ocupan de ella, porque no es asunto de un interés cualquiera.

Pero si bien en los griegos la metafísica podía identificarse por completo con la filosofía misma, con el tiempo pasó a ser sólo una disciplina entre otras. A medida que surgieron otros objetos para el pensamiento, la metafísica se restringió a un orden particular de problemas. Hoy la filosofía es sumamente diversa; sin embargo, lo que constituyó el objeto dominante de la metafísica en su origen, la pregunta por el Ser que escapa a los simples entes o aquello que hemos indicado con el término “presencia”, sigue teniendo ese carácter del preguntar más general, especulativo, teórico, que prescinde por completo de la experiencia, de la sensibilidad ordinaria, y que conduce al concepto como realidad filosófica.

En el siglo XX apareció un tipo de filosofía que fue inspirada por Heidegger, la cual no sin ciertos amaneramientos se conoció en Francia con el nombre de existencialismo. La manera de ser metafísico de Fernando González está más cercana al existencialismo que a la clásica comprensión de Aristóteles, de la cual en todo caso conserva según vimos algunos de sus rasgos esenciales. La metafísica propiamente dicha, la que reconocen los filósofos con esta denominación, se convirtió con el tiempo en una cosa demasiado dogmática, en un modo de filosofar canónico y académico, algo escolástico

y profesoral. De ahí que, aunque quizás no sea del caso identificar completamente a González con el existencialismo, coincide con éste en encarnar una metafísica que es más cercana a la vivencia, que sostiene con la vida una relación más inmediata, en lugar de perderse en un “exceso de teoría”. El propio González establece esta diferencia de su pensamiento con respecto a la filosofía académica. Su modo de ser metafísico no se ejerce al modo de los grandes teóricos de los sistemas clásicos, sino al modo silvestre del Envidado que habita. A diferencia del metafísico a la usanza de los griegos y de la tradición filosófica, que termina haciendo un mundo de conceptos, para González no se trata de una metafísica conceptual y encaminada a la formulación de un sistema. Frente a la Presencia y a la Intimidad, “el concepto es tan sólo el cadáver de la vida”³. Nietzsche por su parte dice que hay más conceptos que realidades en el mundo, y semejante irrealidad es el destino fatal de la filosofía cuando solamente obedece –como en Hegel– al imperativo del concepto. Respecto a esta diferencia, dice González: “¡Oh, mi vida interrumpida de brujo! Porque yo propiamente no soy novelista, ni ensayista, ni filósofo (¡qué asco la filosofía conceptual!), ni letrado, sino Brujo”⁴. *Brujo*, mas no filósofo. Quizá eso esté en relación con lo que dijimos acerca de un modo de ver peculiar. Él no se agota en conceptos, no se pierde en la tarea infinita que es urdir la telaraña de la razón.

En *Ser y Tiempo*, Heidegger introdujo elementos que implicaron esta transformación profunda de la filosofía que desembocó en el existencialismo. Algo esencial está en juego desde el momento en que propuso abandonar la definición tradicional del hombre –debida a Aristóteles– entendido como “animal racional”. A diferencia de Aristóteles, para Heidegger el hombre es un “ser arrojado a la existencia”. Semejante al episodio del Génesis, este “ser arrojado” menciona una forma de existencia exiliada, una existencia que se halla circunscrita en un mundo que se revela al mismo tiempo como inhóspito y desconocido. En ese sentido introduce Heidegger la comprensión fundamental del hombre como “ser-en-el-mundo”, del hombre como “ser-ahí” o *Dasein*. Con ello aparecen para Heidegger otras cuestiones que derivaron en la mencionada actitud existencial de la filosofía, y principalmente, la necesidad de pensar en consecuencia una disposición del ánimo, una particular afección como la condición necesaria para el filosofar. Este es el segundo elemento que me gustaría desarrollar. Para Heidegger, la comprensión humana del Ser está determinada por un estado de ánimo que corresponde a esta estructura del *Dasein*, del ser arrojado o “ser-en-el-mundo”. Ese estado de ánimo particular para el filosofar es la angustia.

Sartre escribió *La Náusea*, en la que hay una experiencia del Ser, o mejor, de la presencia, a partir de ese estado de ánimo que él llama, no

“angustia”, sino “náusea”. En Sartre, la náusea es un estado que le sobreviene al hombre, sin saber de dónde ni por qué. Recuerdo que el personaje, Antoine Roquetín, narra en algunos pasajes la sobrevenida de esta náusea, partiendo casi de su presentimiento; relata cómo la náusea empieza a acosarlo, hasta arrastrarlo a un devenir que lo entrega al pleno extrañamiento de las cosas. Eso se relaciona con el modo ver: las cosas empiezan a dejar de ser familiares, comienzan a lucir “de otro modo”, los utensilios en lugar de amparar la existencia del hombre se tornan incomprensibles, se interpone entre el sujeto y la experiencia que tiene de los objetos una extrañeza, una lejanía que deja ver al fin esta condición de arrojado del hombre en el mundo, provocada por la existencia simple de lo que solemos llamar “cosas”... La náusea puede describirse en términos de la experiencia del mundo como inhóspito; ella delata este carácter de exposición, de arrojamiento y finitud inherente al mundo y al hecho de que el hombre está comprendido en el mundo. La náusea, al igual que la angustia, revela el Ser como la Nada, una nada pavorosa, aterradorante, pero al mismo tiempo serena, apenas un rumor... En ella las cosas nos interpelan, dejan acontecer algo indeterminado, un enajenamiento, una pérdida de la dimensión de lo cercano y familiar que nos abisma en lo desconocido. La náusea es pues este *pathos*, que Heidegger por su parte —y también González— denomina “angustia”.

La metafísica toma a su favor la conmoción, el sutil arrebató de la angustia. La angustia se revela, pues, como el estado de ánimo que mueve al filosofar. Hay que advertir, sin embargo, que Heidegger en un ensayo que se llama *¿Qué es metafísica?*, la distingue con respecto al miedo o al temor, según él porque el temor acontece frente a algo determinado, mientras que la angustia nos pone ante el Ser puro que se experimenta justamente como la *Nada*. Escribe Heidegger: “La angustia no alude a esa temerosa ansiedad que tan frecuentemente acompaña al miedo, el cual aparece con extrema facilidad... La angustia es algo fundamentalmente diferente del miedo., que es siempre por algo determinado... La angustia, por el contrario, no permite que aparezca semejante estado de confusión, más bien la atraviesa una calma muy particular... La angustia, que es originaria, suele mantenerse reprimida en el hombre... La angustia está aquí. Sólo está adormecida. Su aliento vibra permanentemente, atravesando por completo al hombre... La angustia originaria puede despertar en cualquier momento en el hombre. Para ello no es necesario que la despierte ningún acontecimiento extraordinario. El profundo alcance de su reino se halla en proporción con la pequeñez de lo que puede llegar a ocasionarla”.

Creo que esta actitud existencial derivada de la angustia tiene sus repercusiones en Fernando González, quien por lo demás conoció

la filosofía de Heidegger. En *El libro de los viajes o de las presencias* existen alusiones permanentes a la apertura de la presencia a partir de la angustia. De hecho, González en repetidas ocasiones denomina la presencia justamente “*el Néant*”, la *Nada*. Para Heidegger, la angustia revela que el hombre es un “ser-para-la-muerte”. En Fernando González, es apertura de la *Nada*. En todo caso, ni la muerte ni la *Nada* deben ser pensadas aquí negativamente. La muerte, aunque es siempre “en cada caso mía”, y aunque precipita a la *Nada*, entraña una *comunidad* con todo cuanto vive; ella comunica o hermana toda existencia singular en la medida en que a ella concurren todos los seres finitos y sobre ella se levanta toda existencia. La *Nada*, por su parte, es para González la Intimidad nacida de la Presencia, y que él bellamente describe como experiencia del *viaje*, o lo que es lo mismo, experiencia de la desnudez: “Vivir es ir desnudándose, dirigiendo la nada de uno. Un viaje, un desnudar indefinido. Buscar la nada, hacerse nada, confesarse y arrojar a los hombres el cadáver de su nada, y vas sintiendo el terror, y temblor y beatitud de la infinita intimidad, que ya no es nada, sino NINGUNA COSA, pura desnudez...”. “*La Intimidad*. ¡Esa es la promesa! De ella venimos y en el viaje a ella hay muchas cosas, tragedias y beatitudes... El mundo es necesario para padecerlo, meditarlo y entender. No se puede *ver* o *vivir lo otro* sino dirigiendo esta vida (¡ahí está el viaje!)”⁵.

De todo esto, habría que concluir en las propias palabras de Fernando González una comprensión de la metafísica en la que domina su sentido experiencial, el cual él califica siempre como *vivencia*. El filósofo es este “vivenciador” de la presencia en la medida en que acoge la secreta, la persistente intimidad de las cosas: “Todo esto quiere decir que la Metafísica es posible, pero no como conocimiento conceptual, sino como VIDA”⁶. Creo que, llegados a esta definición a partir de los elementos que hemos esbozado, a saber, la actitud del ver, el *pathos* o disposición del ánimo, y el sentido del *viaje*, podemos hacernos alguna idea del pensamiento de Fernando González, de su condición de pensador metafísico.



Retrato de Fernando González por Pepe Méxía - 1942

1. GONZÁLEZ, F. *Libro de los viajes o de las presencias*. Medellín: UPB, p. 7.
2. Op. cit., respectivamente, p. 23, p. 92.
3. *Ibid.*, p. 96.
4. *Ibid.*, p. 72.
5. *Ibid.*, respectivamente, pp. 38-39, p. 74.
6. *Ibid.*, p. 106.

¡No me borres Señor del libro de la vida!

Fernando González

COLECTIVO TEATRAL MATACANDELAS

Fernando González

VELADA METAFÍSICA



UNA COPRODUCCIÓN

TEATRO
MATACANDELAS

Otraparte



JALA CONCERTADA



Ministerio de Cultura
República de Colombia

Alcaldía de Medellín



SALAS ABIERTAS

Compromiso de toda la ciudadanía

Calle 47 # 43-47 Tels: 215 10 10 - 239 12 43
Todo MATACANDELAS en www.matacandelas.com
Si quiere recibir nuestra programación envíenos un correo a
matacandelas@matacandelas.com